

Guerra

Este libro es el resultado de los cinco viajes que realicé al valle de Korengal, en la zona oriental de Afganistán, entre junio de 2007 y junio de 2008 por encargo de la revista Vanity Fair. Fui en calidad de periodista «empotrado» y dependía por completo de las fuerzas militares estadounidenses para conseguir comida, refugio, transporte o seguridad. Dicho esto, jamás me pidieron —directa o indirectamente— que alterase mi reportaje de ninguna forma ni que les enseñase el contenido de mis cuadernos de notas o mis cámaras. Trabajé en colaboración con un reportero fotográfico llamado Tim Hetherington, que también realizó los cinco viajes a Korengal, algunas veces acompañándome y otras por su cuenta. Las salidas más largas duraron un mes. Tim y yo filmamos cerca de 150 horas de vídeo. Una versión reducida del material se emitió primero en la cadena ABC News y luego sirvió como base para un documental específico, producido y dirigido por Tim y por mí, titulado Restrepo.

Sebastian Junger

TEMER

Cuando la Compañía de Batalla llegó a Korengal por primera vez, O'Byrne era artillero en el pelotón de armas de apoyo de la segunda sección. Un pelotón, por lo general, está integrado por ocho hombres más un jefe, y esos ocho soldados se dividen en dos unidades de fuego, denominadas «alfa» y «bravo». En un pelotón de armas de apoyo, cada unidad era responsable de una ametralladora pesada M240. O'Byrne estuvo dos meses en este pelotón de armas y luego pasó al primer pelotón, a las órdenes del sargento Josh McDonough. Los hombres lo llamaban «*Sar'n Mac*»* y, bajo su tutela, el primer pelotón se convirtió en uno de los más duros y combativos de la compañía y, posiblemente, de todo el batallón. Cuando sus hombres no actuaban con la excelencia que él esperaba, Mac echaba la cabeza hacia delante y les aguantaba la mirada, sin pestañear, a veces durante minutos, al mismo tiempo que les gritaba. «Era una puta mula —decía O'Byrne—. Era condenadamente fuerte. Tenía unas piernas del tamaño de mi cabeza. Solo le preocupaban sus muchachos. Si uno de nosotros, como jefes de equipo, no hacía su trabajo, se enfurecía; y eso, porque se preocupaba. Lo único es que tenía una forma de demostrarlo muy dura.»

El primer pelotón era de la infantería de línea, lo que significa que luchaban a pie y llevaban todo lo que necesitaban a la espalda. En teoría, podían caminar durante días sin necesidad de reabastecerse. O'Byrne estaba al cargo del equipo *alfa* del primer pelotón, en el que figuraban también Steiner, un tipo de Wisconsin que había sido luchador en el instituto, Vaughn, un joven de dieciocho años de Georgia, y Monroe, un personaje nervudo, excéntrico y de apariencia sospechosa. Cada uno de ellos llevaba tres o cuatro granadas de mano; dos de los cuatro llevaban los típicos rifles de asalto M4 y un armero con cargadores de treinta proyectiles. Otro hombre llevaba un M4 que también disparaba balas de mayor tamaño, las conocidas como «203». Este tipo de proyectil explota por impacto y se dispara con trayectoria más arqueada para atacar a los combatientes enemigos

* *Sar'n* como abreviatura coloquial de Sergeant. (*N. de los t.*)

situados a cubierto, que no pueden ser alcanzados de otra forma. El cuarto llevaba una ametralladora conocida habitualmente como SAW (por las siglas inglesas de *Squad Automatic Weapon*, «arma automática de pelotón»).* La SAW cuenta con una elevadísima cadencia de tiro y, básicamente, vomita ráfagas en cuanto se le acerca el dedo al gatillo. En caso de un «disparo cíclico» —sin levantar el dedo del gatillo—, alcanza los 900 proyectiles por minuto. (Pero esto también fundiría el cañón.) Probablemente, O’Byrne y su escuadra tenían el entrenamiento y la munición suficientes para rechazar una fuerza enemiga tres o cuatro veces superior a la propia.

Cada sección dispone, además, de una unidad de cuartel general integrada por un auxiliar médico, un observador avanzado, un operador de radio, un sargento de sección y un teniente graduado en la Escuela de Oficiales. La segunda sección tuvo a dos tenientes distintos durante la primera mitad de su despliegue y terminaron con Steve Gillespie, un corredor de maratón, alto y delgado, que en el grupo recordaba a un personaje de película denominado Napoleón Dinamita. Lo llamaban así a sus espaldas, y a veces también directamente, pero siempre con cariño y respeto: Gillespie era un comandante tan entregado que su operador de radio siempre tenía que tirar de él hacia abajo durante los combates, para ponerlo a cubierto.

Los tenientes han acumulado un gran conocimiento teórico pero no tienen mucha experiencia, de modo que se los empareja con un sargento de sección que, probablemente, lleva años en el ejército. El sargento de la segunda sección era un soldado profesional llamado Mark Patterson que, a sus treinta años, era doce años mayor que el hombre más joven de la unidad. Los muchachos lo llamaban *Papi*. Patterson era al mismo tiempo el que hacía cumplir las órdenes en la sección y el representante del grupo, y este papel le permitía echar el ojo tanto a los aprendices como a los tenientes. Se le ponía la cara roja cuando se enfadaba o cuando estaba realizando un gran esfuerzo y podía caminar más rápido que cualquiera en la sección. Jamás lo vi ponerse nervioso, ni siquiera durante un combate, y mucho menos lo

* La ametralladora ligera M249. También adquiere sentido como acrónimo, puesto que en inglés *saw* significa «sierra». (*N. de los t.*)

vi asustado. Comandaba a sus hombres como si estuviera dirigiendo el tráfico.

Los hombres de la segunda sección provenían de la América continental y de cualquier parte del mundo donde hubiera llegado el experimento estadounidense: las Filipinas, Guam, México, Puerto Rico y Corea del Sur. Un artillero del pelotón de armas llamado Jones afirma que había ganado miles de dólares vendiendo droga antes de unirse al ejército para evitar que lo matasen en las calles de Reno. El soldado Vaughn, de O'Byrne, tenía once años cuando se produjeron los atentados del 11 de septiembre de 2001 y allí, en ese mismo instante, decidió unirse al ejército de los Estados Unidos de América; así lo hizo en cuanto le fue posible. Danforth tenía cuarenta y dos años y se había alistado el año anterior porque estaba aburrido; los demás lo llamaban *el Viejo* y le gastaban un montón de bromas preguntándole por Vietnam. Lizama, un soldado raso, decía que su madre era miembro del Congreso de Guam. Había también otro soldado que se llamaba Moreno y era de Beeville, en Texas, que trabajaba en una penitenciaría del estado y antes de ingresar en el cuerpo militar había sido una promesa del boxeo. También había un sargento cuyo padre servía entonces en Iraq y casi había perdido la vida con una bomba caminera.

En el ejército hay un montón de reglas sobre cómo deben vestirse los soldados, pero cuanto más se aleja uno de los generales menos se siguen esas reglas, y la segunda sección estaba lo más lejos de los generales que se puede estar. A medida que el despliegue iba prolongándose y los soldados se veían cada vez más inmersos en el territorio enemigo, a veces costaba decir que uno se hallaba ante soldados estadounidenses. Llevaban los pantalones sueltos por fuera de las botas, de sus cuellos colgaban amuletos y caminaban arrastrando los pies por el puesto de avanzada, en chanclas remendadas con la espuma para empaquetar los misiles en su contenedor. Al final de su periodo de servicio, aguantaban tiroteos enteros en pantalones cortos, con las botas desatadas y un cigarrillo colgando del labio. Cuando el calor apretaba demasiado, recortaban las camisetas por debajo de las axilas y se colocaban el chaleco antibalas encima, de manera que sudaban menos pero seguía pareciendo que vestían el uniforme. También llevaban cuchillos largos y, durante una temporada, uno de ellos com-

pletaba las operaciones con una espada samurái al cinto. Las piedras les rasgaron los pantalones hasta hacerlos jirones y, cuando iban de patrulla, a veces iban relativamente desprotegidos. Unos cuantos se habían tatuado «INFIEL» con letras enormes que les cruzaban el pecho de lado a lado («Es como nos llama el enemigo por sus radios —me contaba uno de los hombres—, así que, ¿por qué no?»). Otros llevaban tatuadas alas de ángel que salían de balas o bombas. La mayoría de los hombres rondaba la veintena y muchos no conocían nada más que la vida en casa de sus padres y la guerra.

Los hombres que caían en la batalla, heridos o muertos, eran sustituidos por nuevos soldados «enteros» y, si los mayores estaban suficientemente aburridos, en ocasiones hacían que estos se peleasen entre ellos. Habían recibido entrenamiento en la lucha cuerpo a cuerpo, así que todos sabían cómo estrangular a alguien; si se hace bien, al apretar con el antebrazo sobre la arteria carótida de alguien se le hace perder el conocimiento en cuestión de segundos (y el individuo morirá en un par de minutos si no se libera la presión). Estrangular al otro era considerado un buen entretenimiento, así que los soldados tenían por costumbre apoyar siempre la espalda contra algo para que nadie pudiera saltarles de repente por detrás. Saltar sobre alguien era arriesgado, porque todos estaban vinculados por afiliaciones que se dividían por sección, pelotón y finalmente equipos. Si un hombre del propio pelotón era asaltado por más de un tipo, cualquier miembro de su unidad estaba obligado a socorrerle, lo que significaba que en unos pocos segundos podía haber entre diez y quince muchachos en el suelo, uno encima de otro.

El artillero del 203 de O'Byrne, Steiner, recibió una vez una puñalada mientras intentaba contribuir a una paliza colectiva al sargento Mac, su jefe de pelotón, que se había refugiado en una esquina con un cuchillo de combate. En la segunda sección los hombres recibían una tunda el día de su cumpleaños, una tunda antes de irse de la sección —de permiso, pongamos— y una tunda a la vuelta. La única forma de salir de la segunda sección sin una paliza encima era porque te hubiera herido el enemigo. Esta era una costumbre exclusiva de la segunda sección; no sucedía en ninguna otra parte. Los hombres lo llamaban «sangre por sangre», por cierta película que uno de ellos

había visto, y los oficiales tampoco se libraban.* Yo mismo vi cómo cogían a Gillespie y lo golpeaban y a Papi le pegaron tan fuerte que llevó cardenales en las piernas durante varios días. La violencia aparecía de muchas formas y podía estallar en casi cualquier momento. Tras una semana especialmente tranquila —esto es, sin tiroteos— la tensión se hizo tan insoportable que el primer pelotón se puso a perseguir a pedradas al pelotón de armas. Hubo un enfrentamiento tan brutal que yo me refugié detrás de unos árboles.

Después de peleas como esta, los hombres acababan sangrando y acalorados, pero jamás enfadados; las peleas eran fruto del aburrimiento, no de un conflicto entre ellos, así que jamás cruzaban la raya y pasaban al terreno de la verdadera violencia. Los oficiales quedaban al margen de estas peleas salvajes y había también un par de alistados que contaban con la mezcla perfecta de calma y distancia para permanecer alejados de la violencia. El sargento Buno era uno de ellos. Estaba al mando del tercer pelotón y llevaba tatuajes de estilo azteca en los brazos, además de un escorpión que le asomaba por encima de los pantalones. Casi nunca hablaba, pero tenía un rostro hermoso e impenetrable en el que se podía leer lo que uno quisiera. Los hombres sospechaban que era filipino, pero él nunca lo reconoció; se limitaba a pulular por ahí, escuchando su iPod y diciendo cosas de lo más enigmático y extraño. Los hombres lo llamaban Queequeg.** Se movía con la delicada precisión de un bailarín o un experto en artes marciales, tanto si se hallaba en medio de un tiroteo como si se estaba lavando los dientes. Una vez alguien le preguntó dónde había estado la noche anterior.

«Abajo en Babiyal —respondió—, matando hombres lobo.»

* *Blood in, Blood out*, película que narra la difícil vida de tres chicanos de Los Ángeles, dirigida por Taylor Hackford en 1993. (N. de los t.)

** Queequeg es el arponero que acompaña a Ismael cuando se enrolan en la tripulación del ballenero *Pequod*, en la novela de Herman Melville *Moby Dick*. (N. de los t.)

Los combatientes enemigos estaban a unos doscientos o trescientos metros de nosotros y las balas que nos disparaban recorrían aquella distancia en cosa de medio segundo: volaban a más de tres mil kilómetros por hora. Sin embargo, el sonido no viaja ni de lejos a esa velocidad, así que los tiros tardaban un segundo entero en oírse desde que los disparaban. Como la luz es prácticamente instantánea, es fácil ver cómo las balas iluminadas —las trazadoras— taladran el valle en dirección a uno mismo. Un artillero de la 240 llamado Underwood me contó que durante la emboscada veía las trazadoras que se le venían encima desde el monte 1705, pero que iban demasiado rápido para esquivarlas: cuando él empezaba a mover el cuerpo, ya habían alcanzado el tronco de cedro tras el que se escondía. El cerebro necesita cerca de dos décimas de segundo para ordenar una reacción muscular. Esto viene a calcar el tiempo que tarda una bala de alta velocidad en ir del 1705 hasta Aliabad.

Los tiempos de reacción han sido objeto de numerosos estudios en situaciones controladas y se ha demostrado que los hombres poseen un tiempo de reacción más rápido que las mujeres, y que los atletas reaccionan más deprisa que quienes no lo son. Pruebas realizadas a jugadores de fútbol demuestran que el «punto de no retorno» para el chute de un penalti —cuando el jugador que va a golpear la pelota ya no puede cambiar de idea sobre la dirección en que mandará el balón— está cerca del cuarto de segundo. Dicho de otro modo, si el portero espera hasta que el pie del que chuta está a menos de un cuarto de segundo de la pelota y entonces se lanza en una dirección, el que lanza el penalti ya no dispone de tiempo suficiente para ajustar el golpe. Considerando este límite de un cuarto de segundo, la distancia a la que se podría «esquivar una bala», literalmente, es de poco más de setecientos metros. Se necesitaría un cuarto de segundo para detectar la trazadora que se dirige hacia uno —para entonces la bala ha recorrido ya casi doscientos metros—, otro cuarto de segundo para dar las instrucciones de reacción a los músculos —la bala ya ha recorrido cerca de cuatrocientos metros— y medio segundo más para quitarse en efecto de en medio. La bala esquivada pasaría dando un chasquido inconfundible, el sonido de un objeto pequeño que rompe la barrera del sonido a escasos centímetros de la propia cabeza.

El ser humano evolucionó en un mundo en el que nada se movía a más de tres mil kilómetros por hora, así que no había ninguna razón para que el *cuero* fuese capaz de responder a esa amenaza; aun así, el cerebro seguía viéndose obligado a ir por delante de la caza. Los procesos neurológicos en una de las zonas más primitivas del cerebro, la amígdala cerebral, se producen a tantísima velocidad que podría decirse que compiten con las balas. La amígdala puede procesar una señal auditiva en quince milisegundos, el tiempo que tardaría una bala en recorrer unos nueve metros. La amígdala es rápida, pero muy limitada: solo puede provocar un reflejo y esperar a que el pensamiento consciente lo recoja. Es lo que se conoce como reacción de alarma e incluye movimientos de protección válidos para casi cualquier situación. Cuando sucede algo inesperado y que nos asusta, todo el mundo hace exactamente lo mismo: parpadear, agacharse, doblar los brazos y apretar los puños. La cara adopta también una expresión conocida como «mueca de miedo»: las pupilas se dilatan, los ojos se abren exageradamente, la frente se levanta y la boca se echa para dentro y hacia abajo. Ponga esta cara delante de un espejo y fíjese no solo en lo rápido que se la reconoce sino también en cómo parece producir, de verdad, una sensación de miedo. Es como si los caminos neuronales estuvieran abiertos en los dos sentidos, de forma que la expresión dispara el miedo tanto como el miedo dispara la expresión.

La cinta de vídeo que filmé durante la emboscada de Aliabad muestra cómo todos los hombres se agachan al oír los estallidos a lo lejos. No actúan así en respuesta a un ruido fuerte —como, supuestamente, la evolución nos ha enseñado a hacer—, sino en respuesta al chasquido, menos estruendoso, de las balas al pasar. La amígdala no necesita más que una sola experiencia negativa para decidir que algo constituye una amenaza y, después de un solo tiroteo, todos los hombres de la sección habrán aprendido a reaccionar al chasquido de las balas y a ignorar los sonidos mucho más fuertes de los hombres que hay a su lado devolviendo el fuego. En Aliabad los hombres se agacharon durante uno o dos segundos e inmediatamente se levantaron y empezaron a gritar y a ponerse a cubierto. En esos momentos, las funciones cerebrales superiores decidieron que la amenaza requería acción más que inmovilidad y lo pusieron todo en marcha: el pulso y la presión

sanguínea llegan a niveles de infarto, los niveles de adrenalina y nora-drenalina están al máximo, y la sangre abandona los órganos e inunda el corazón, el cerebro y los grupos de músculos más importantes.

Cuando hieren a un hombre, lo primero que suele suceder es que alguien grita pidiendo un auxiliar médico. Todos los soldados reciben una formación de medicina de combate —con un objetivo que cabría definir como el de reducir la hemorragia lo suficiente para que el herido pueda aguantar con vida hasta que lleguen los de evacuación médica— y quien se encuentra más cerca del implicado es quien intenta administrarle los primeros auxilios hasta la llegada del médico. Si la herida afecta al pecho, quizá haya que descomprimir los pulmones, lo que significa introducir un angiocatéter 14 G en la cavidad torácica para dejar salir el aire. De otro modo, el aire puede ser succionado al interior de la cavidad pleural a través de la herida y provocar el colapso de los pulmones y el ahogamiento del sujeto. Un hombre puede sobrevivir a una herida de bala en el abdomen, pero morirá en cuestión de minutos si la herida de un brazo o una pierna ha tocado una arteria. Cuando un hombre se desangra está pálido, habla despacio y su propia sangre lo inunda. Es asombrosa la cantidad de sangre que sale de un cuerpo humano.

Un auxiliar médico de combate me contó una vez qué hacer para salvar la vida a un hombre que se está desangrando. (Luego me dio una mochila de primeros auxilios en combate; creo que lo hizo, sobre todo, para que no tuviera que coger la de un soldado si me herían a mí.) Primero tienes que clavar la rodilla en el miembro lesionado, entre la herida y el corazón, para pellizcar la arteria y detener el flujo de sangre. Mientras haces esto, hay que preparar el torniquete. Hay que ir levantando la presión sobre el miembro herido en la medida necesaria para deslizar el torniquete y luego apretar hasta que el sangrado cesa. Si el médico aún no ha llegado —puede que se esté ocupando de otra persona, o quizá lo hayan herido o esté muerto— hay que cubrir la cavidad de la herida con unos apósitos llamados Kerlix, vendarla y colocar un gotero intravenoso en el brazo del afectado. Si es uno mismo el que está herido y no hay nadie en los alrededores,

tendrá que hacer todo esto por sí mismo. Y hay que estar seguro de poder hacerlo con una sola mano. Cuando un soldado me lo contó, no me paré a pensar antes de preguntarle por qué. Ni siquiera se molestó en responderme.

El primer objetivo del médico de combate es llegar al herido lo antes posible, lo que en ocasiones significa correr mientras se están produciendo los disparos allí donde todos los demás se ponen a cubierto. Los médicos son famosos por su valentía, pero los que conocí yo lo describían de otro modo, insistiendo en el terror que les suponía pensar en no llegar a tiempo de salvar la vida de sus amigos. En lo único que piensan cuando corren hacia delante para tratar a un herido es en llegar antes de que el tipo se desangre o se ahogue; apenas se dan cuenta de las balas que vuelan por la zona. Todas las secciones disponen de un auxiliar médico; cuando la segunda sección llegó al valle, su médico era Juan Restrepo, el amigo de O'Byrne en su último viaje a Roma. Restrepo caía muy bien porque era valiente en el intercambio de fuego y estaba absolutamente comprometido con los hombres. Si alguien se encontraba mal, le cambiaba la guardia; si lo veía deprimido, iba a su barracón y tocaba la guitarra. Se ocupaba de cuidar de sus hombres, en todas las formas posibles.

En la tarde del 22 de julio, una patrulla a pie salió de la base de artillería Phoenix en dirección sur, hacia la población de Aliabad, bajo una lluvia ligera. Buena parte de la segunda sección había partido ya para pasar un mes en la base de artillería Michigan, donde se producían tan pocos enfrentamientos con el enemigo que casi valía como un campamento de verano; pero aún quedaban algunos hombres que debían realizar una última patrulla. Restrepo estaba entre ellos. De vuelta, cuando pasaban por un lugar descubierto en el camino, justo después del cementerio de Aliabad, les atacaron. Había artilleros enemigos al este, sobre Donga y Marastanau; al sur, en el monte Honcho; y al oeste, en la Roca de la Mesa. Era la primera vez que disparaban contra los estadounidenses mientras estaban todavía en el interior de una población —hasta entonces, el enemigo se había contenido para no provocar bajas civiles— y los hombres se refugiaron detrás de las lápidas, las encinas y los montones de leña apilados junto al camino.

Restrepo fue el único hombre herido. Recibió dos balas en la cara

y cayó al suelo sangrando con profusión. El fuego era tan intenso y procedía de tantos puntos distintos que al principio nadie se atrevió a correr a rescatarlo. Cuando finalmente lo arrastraron a un lugar cubierto, no supieron qué hacer con una herida de tal gravedad y fue él quien tuvo que esforzarse para orientarlos. A los pocos minutos, tres Humvee salieron a toda velocidad del PAK y un vuelo de evacuación médica partió de la base aérea de Asadabad, a unos 50 kilómetros de distancia. Pese a que se inició un tiroteo desde todo el valle, lograron trasladar a Restrepo de regreso al PAK en menos de veinte minutos. Aún respiraba, pero iba perdiendo la conciencia una y otra vez; lo llevaron al puesto de socorro y bajaron un tubo de oxígeno por su garganta. Sin embargo, parte del oxígeno le llegó al estómago y le hizo vomitar.

«Fue la primera vez que vi así a uno de los nuestros —me dijo el sargento Mac—. Aparte de Padilla, no había visto nunca a uno de los nuestros tan tocado. Cuando le ayudé a entrar al camión, pude ver que la vida se le había ido. Mover por ahí un cuerpo que ya no se mueve fue muy raro. Era como... de otro mundo. La clase de cosa que se mete dentro, muy dentro, y que tendrás que resolver más adelante.»

El piloto de la evacuación médica había estado dando vueltas sobre el valle, sin atreverse a descender con un tiroteo en marcha, pero al final aterrizó en el PAK y cargó a Restrepo.

La llamada de radio se produjo tres horas más tarde. O'Byrne ya había escrito en su diario que Restrepo era un hombre demasiado bueno al que Dios no dejaría morir —así lo había escrito, aunque en realidad ni siquiera creía en Dios—, y él y Mac estaban en la tienda de la segunda sección limpiando de sangre los pertrechos de Restrepo. Tenían que usar toallitas de bebé porque la sangre se había mezclado con tierra y se había secado como una pasta dura entre las rendijas del M4. También tuvieron que sacar todas las balas de sus cargadores y limpiarlas de sangre para repartirlas entre los demás hombres. Ya casi habían terminado cuando un sargento llamado Rentas entró en la tienda y agarró a O'Byrne por los hombros. «No lo ha conseguido, tío», dijo Rentas. O'Byrne casi le suelta un puñetazo por mentiroso.

«Durante mucho tiempo odié a Dios —me dijo O'Byrne—. Después de eso, los de la segunda sección luchamos como animales.»

MATAR

Amanece el segundo día: un viento crudo y cortante sopla por las crestas y el suelo está helado como una piedra. En una pista situada por encima del campamento los hombres forman e ingieren sus raciones de campaña mientras aguardan las órdenes de partir. «Nos zampamos nuestro aburrimiento», dice Jones mientras observa cómo Stichter extiende queso sobre una barrita energética de chocolate. La barba ya les ha crecido cuatro días y las caras están oscuras por la tierra y hace tanto frío que todos los hombres visten gorros de esquí bajo los cascos. Los combatientes enemigos siguen susurrando en sus radios, pero no han disparado ni una bala desde Yaka Chine y los hombres comienzan a pensar que ya no ocurrirá nada de eso. La Compañía Elegida estará despejando aldeas en el Shuryak y la tarea de la Compañía de Batalla es darle apoyo asegurándose de que no haya insurgentes que crucen el Abas Ghar en ninguna de las dos direcciones. Pasarán otra noche más en esta área y, al día siguiente, es probable que empiece la retirada.

Esto es, más o menos, lo que andan pensando los hombres cuando se producen los primeros disparos, aún tímidos.

Al principio nadie sabe de dónde viene el fuego y, de pronto, las balas comienzan a cortar ramas sobre las cabezas de los soldados y a chocar contra los troncos más cercanos. Los hombres saltan de la pista hacia un bosque de píceas, de pendiente pronunciada, y Jones pone en marcha la 240 y Donoho comienza a lanzar 203 al otro lado del camino, hacia el sur. Reciben fuego pesado y preciso desde una sierra próxima y es tan eficaz que buena parte de la segunda sección tiene dificultades incluso para levantar sus armas. Durante estos escasos primeros minutos de confusión, Buno baja por la línea a toda prisa con una expresión extraña en la cara. Por la cabeza de Hijar cruza la idea de que nunca antes había visto a Buno asustado.

‘Están arrasando una posición norteamericana’, le dice Buno.

Hijar agarra un cohete antitanque ligero y comienza a correr hacia la parte alta de la línea con el resto de su equipo de artillería. Piosa habla por radio con Kearney y Stichter calcula las coordenadas de la rejilla de los morteros; los hombres se arrastran por el bosque

intentando ponerse a cubierto. Pemble está detrás de un tocón y, al mirar hacia su derecha, ve que unas balas cortan las ramas de un árbol que hay justo a su lado. ‘Mierda, están demasiado cerca’, piensa. Las balas proceden de tantas direcciones que no hay forma de ponerse a cubierto de todas las amenazas. Más arriba, más cerca de Lince, alguien pide a gritos auxilio médico y Pemble pasa el mensaje a la zona baja de la línea, pero como no recibe respuesta, él y Cortez empiezan a remontar la ladera a toda prisa. Corren a través del fuego pesado, manteniéndose junto a la línea de árboles tanto como pueden y cruzando de repente por una zona de claro que hay justo debajo de la posición de Lince. El primer hombre al que ven es Vandenberg, que está sentado en el suelo y se agarra el brazo. Entre sus dedos se escapa la sangre a chorros. ‘Me estoy desangrando, tenéis que salvarme —dice—. Me estoy muriendo.’

Han herido a Vandenberg en la arteria y morirá a los pocos minutos si no recibe ayuda médica. Pemble se arrodilla y comienza a desempaquetar su botiquín y, mientras lo hace, pregunta a su compañero dónde está el enemigo.

‘El último que he visto estaba a unos seis metros’, dice Vandenberg.

Pemble empieza a taponar la herida con [apósitos] Kerlix hasta hundir los nudillos en el gigantesco brazo de Vandenberg. Este está empapado de sangre, de las botas al cuello, y pronto lo está igualmente Pemble. Cuando corta la manga del uniforme de su compañero, se vierten de golpe dos o tres copas más de sangre. «Se le veía en la cara que se estaba muriendo poco a poco —dijo Pemble—. Cada vez se parecía más a un espectro. Los ojos se le empezaron a hundir cabeza adentro y a su alrededor se ponía todo marrón. Y no paraba de decir: ‘Tengo muchísimo sueño, quiero dormir.’ Es una mierda, cuesta un montón oír decir eso de boca de uno de tus mejores amigos, y tú que lo ves cómo se muere justo delante de ti, es una puta mierda. Todo lo que hice fue bloquear lo que iba soltando menos lo que necesitaba oír, como por ejemplo dónde estaban los talibanes, e ir revisando todas sus heridas.»

Entonces se presenta allí Jackson, pero solo con un rifle en la mano, sin casco ni chaleco. Lo han expulsado de la cumbre junto con

Solowski, que había vaciado todo un cargador contra el enemigo y luego había tenido que retirarse por el fuego intenso y continuo. En ese momento, Cortez ha logrado llegar hasta Rice, que se sienta en unos arbustos, aguantándose las tripas. Una bala ha entrado por la parte de atrás de su hombro y ha rebotado extrañamente por el interior de su cuerpo hasta salir por el abdomen, justo debajo de la placa antibalas del chaleco. Lo último que recuerda era un combatiente talibán que apuntaba contra él con un lanzacohetes desde cuarenta metros de distancia. Ha tenido tiempo de pensar que sería lo último que vería en su vida, pero ahora se encuentra a Cortez delante, quien se ha arrodillado frente a él y le pregunta dónde está herido. También ha realizado ya una rápida valoración de su propio estado —que consiste más o menos en darse cuenta de que, si todavía no se ha muerto, es que probablemente no se va a morir— y sabe que el enemigo acaba de apoderarse de una colina crucial, en medio de la línea estadounidense. Si se asientan en esa posición, podrán cortar a tiras a todos los norteamericanos que se acerquen a ayudar.

‘Tenéis que recuperar la colina, eso es todo’, dice.

Cortez, Jackson y Walker emprenden el asalto colina arriba, pero el enemigo se ha retirado ya y no queda nadie con quien combatir, nadie a quien matar. Cortez planta una rodilla en el suelo, a cubierto, con el rifle en alto, y al echar un vistazo a la derecha ve un cuerpo que yace boca abajo: el cuerpo de un estadounidense. Walker corre hacia él y lo sacude para ver si está bien y al final le da la vuelta. Es el sargento Rougle, al que han herido en la frente. La cara ha quedado morada por el trauma. «Quería llorar, pero no lo hice; estaba conmocionado —dijo Cortez—. Solo quería matar todo lo que subiera por el monte y no fuera estadounidense. Me daba igual quién pudiera subir: hombres, mujeres, niños, aun así habría hecho algo.»

Se les unen Hajar, Hoyt y Donoho. Alguien ha arrojado una funda-poncho sobre Rougle, pero aun así es evidente, por las botas que emergen al final, que se trata de un soldado estadounidense. Rougle fue alcanzado múltiples veces en un costado del cuerpo, de una manera que hizo pensar a Kearney que lo habían atrapado a media zancada y se había dado la vuelta para enfrentarse a una amenaza repentina desde atrás. A Cortez le inquietaba que Rougle aún estuviera

vivo cuando el enemigo se había adueñado de la posición y que lo hubieran ejecutado donde había caído, pero no había pruebas que lo demostrasen. Sin embargo, esta idea torturó a Cortez durante los meses siguientes. Noche tras noche soñaba que regresaba a la montaña e intentaba correr con la mayor celeridad para intentar que el resultado final fuera distinto; nunca lo conseguía. «Prefería no dormir y no soñar con eso —dijo Cortez—, antes que dormir con aquella imagen en mi cabeza.»

Uno de los combatientes talibanes cae al suelo, muerto, y el otro libera a Brennan y escapa colina abajo a través de los árboles. Giunta encaja un nuevo cargador en su arma y chilla pidiendo un médico. Brennan yace al descubierto malherido y Giunta lo coge por el chaleco y lo arrastra hasta una posición algo más protegida. Corta el portamuniones para quitárselo del pecho y estira del cordón de apertura de su chaleco antibalas, se lo saca con dificultad y empieza a rasgar la ropa para buscar heridas. Brennan tiene múltiples impactos en las piernas y una enorme herida de metralla en el costado, y le han alcanzado también en la parte inferior de la cara. Aún está consciente y se queja sin parar de tener algo en la boca. Son sus dientes, pero Giunta no se lo dice.

El B-1 que sobrevuela la zona lanza dos bombas sobre el monte 1705 y esto aturde lo suficiente al enemigo como para permitir que los estadounidenses consoliden su posición. El auxiliar médico de la tercera sección llega junto a Brennan y le practica una traqueotomía para que pueda respirar mejor, y luego lo preparan para la evacuación. Un avión de combate Spectre y unos pocos Apache logran por fin distinguir a los estadounidenses del enemigo y empiezan a iluminar las laderas con su cañoneo. Media hora después llega el equipo de evacuación médica y comienza a subir las bajas a las aeronaves. Cuando han terminado, el resto de la primera sección se carga los pertrechos al hombro y prosigue el camino a casa.

«Estuvimos esperando a la primera sección durante horas —me dijo Hajar sobre esa noche—, y una vez enlazamos con ellos, aún fueron dos horas y media de camino hasta el PAK. Por la cara de los

chicos se sabía todo, no era momento para preguntar. Ya sabías lo que te iban a responder. Algunos incluso iban por el camino con agujeros de bala en el casco.»

Brennan no sobrevive a la cirugía. Mendoza muere incluso antes de salir de la sierra. Otros cinco hombres están heridos. Hay que sumarlos a Rougle, del día antes, y a Rice y Vandenberg. Ha sido una semana muy cara. La clase de semana que hace creer a los que están en nuestro país que quizá estamos perdiendo la guerra.

La idea de que en la guerra hay reglas y que los combatientes se matan entre sí de acuerdo con unos conceptos básicos de justicia se enterró para siempre, probablemente, con la ametralladora. No es extraño que un solo hombre armado con una ametralladora pueda rechazar a todo un batallón, al menos por un tiempo; esto también altera toda la ecuación de lo que significa ser valiente en combate. En la primera guerra mundial, cuando se generalizó el uso de las armas automáticas, era habitual que, tras conquistar una posición enemiga, se ejecutara a los artilleros que las manejaban, por toda la muerte que sembraban. (En cambio, a menudo se perdonaba la vida a la infantería regular, de la que se pensaba que «luchaba limpiamente».) Las ametralladoras obligaron a la infantería a dispersarse, camuflarse y luchar en unidades menores e independientes. Todo esto favorecía el sigilo, más que el honor, y la lealtad al pelotón, más que la obediencia ciega.

En una guerra de esta naturaleza, los soldados gravitan hacia lo que funciona mejor con el menor riesgo. En este punto, la batalla deja de ser un grandioso juego de ajedrez entre generales y se convierte en un experimento de matanza pura y sin freno. Como resultado, buena parte de la táctica militar moderna se dirige a desplazar al enemigo hasta una posición en la que, esencialmente, se lo pueda masacrar desde un lugar seguro. Es algo que suena deshonroso, pero solo si se imagina que la guerra moderna tiene que ver con el honor; no es así. Lo que importa es ganar: matar al enemigo en condiciones lo más desiguales posible. Cualquier otra cosa provoca, sin más, que seas tú el que pierda a un mayor número de hombres.

Hay dos formas de inclinar la balanza en un combate que de otro modo resultaría limpio y justo: tender una emboscada de fuerza apabullante o usar armas a las que no se puede responder. Lo mejor, por descontado, es recurrir a los dos métodos. En Restrepo sufrí numerosas pesadillas de combate —creo que a todo el mundo le pasó— y eran invariablemente sobre hallarse indefenso: las armas se encasquillaban, el enemigo estaba por todas partes, nadie sabía qué estaba pasando. En términos militares, se trata de una emboscada perfecta. Una vez observé cómo un helicóptero Apache arrinconaba a un combatiente talibán llamado Hayatullah en una ladera despejada y lo mataba. No tenía adónde correr y al segundo disparo fue alcanzado por un proyectil de 30 milímetros y explotó. No había nada de justicia en aquel enfrentamiento, pero Hayatullah era el jefe de una célula que explosionaba bombas situadas en las cunetas de las carreteras del valle, forma de actuar que tampoco tiene mucho de justo, probablemente. Más adelante pregunté a O'Byrne si era capaz de imaginar cómo se sentiría uno al verse apuntado por un Apache y él se limitó a sacudir la cabeza. Estábamos hablando de los traumas de combate y yo dije que quienquiera que pueda haber sobrevivido a algo así, sin duda debe de sufrir pesadillas horripilantes. «Joder, ojalá», respondió O'Byrne.

Los combatientes talibanes del Korengal pasaron a las bombas de cuneta porque en los tiroteos estaban perdiendo a demasiados hombres. Y también les creaban problemas con la población local: cuando los talibanes empezaron a atacar por vez primera a las patrullas estadounidenses, estas no necesariamente sabían dónde devolver los disparos. A finales del verano, los locales indicaban las posiciones enemigas a los estadounidenses para que estos pudieran apuntar en la dirección correcta. Las bombas de carretera evitaban estos problemas: eran baratas, implicaban pocos riesgos y no causaban la muerte de civiles. Me extrañaría que muchos aldeanos *desearan* de corazón ver volar por los aires a los estadounidenses, pero eran pocos los que se preocupaban de subir hasta el PAK para indicar a los soldados dónde se habían enterrado los explosivos. Era un combate entre los talibanes y los estadounidenses y, en mayor o menor grado, los aldeanos optaban por quedarse al margen.

En el Korengal, el primer ataque de importancia con bombas se

produjo dos días después de Navidad. La Compañía Destinada tenía unidades motorizadas diseminadas por las diversas bases de artillería del batallón y cuatro de esos camiones habían ocupado posiciones para apoyar a una patrulla de infantería que había bajado desde Restrepo. Uno de los Humvee se hallaba en medio de un giro de tres puntos cuando una mina antitanque explotó por debajo y lanzó por los aires al artillero de la torreta, Jesse Murphree, a un punto tan distante de la colina que al principio nadie se dio cuenta de que faltaba. El resto de la tripulación sufrió conmoción cerebral y rotura de huesos. El Humvee fue devorado de inmediato por las llamas y, mientras intentaban sofocar el incendio, Hajar, Buno y Richardson, de la segunda sección, descendieron por la colina en busca de Murphree. Lo encontraron a un centenar largo de metros, semiconsciente y con las dos piernas hechas fosfatina. Le aplicaron torniquetes para que no se desangrara y ayudaron a trasladarlo arriba, hasta la carretera, y deslizarlo en otro Humvee. Murphree sabía que estaba herido de gravedad, pero aún no se daba cuenta de que había perdido las piernas. Preguntaba una y otra vez al jefe de su pelotón, el sargento Alcantara, si todavía podría asistir a la boda de Alcantara cuando todos hubieran regresado a Italia.

Ahora el enemigo disponía de un arma capaz de inquietar a los estadounidenses más de cuanto pudiera perturbarlo nunca el fuego de las armas menores: la azarosa fortuna. Cada vez que bajabas por una carretera te veías obligado a vivir un retorcido ejercicio existencial en el que cada momento era la única prueba de que no habías saltado por los aires en el momento anterior. Y si en efecto *volabas* por los aires, probablemente nunca lo sabrías y, sin duda, no tendrías manera de incidir en el resultado. Los buenos soldados morían tan fácilmente como los descuidados; y así es, en lo esencial, cómo los soldados definen la injusticia de la táctica bélica. Mediado su despliegue, la Compañía de Batalla se hizo cargo de los camiones de la Destinada y organizó patrullas montadas en el exterior del PAK, en apoyo de sus propios hombres. Era una forma razonable de hacerlo, pero situaba a unos hombres que solo estaban habituados a patrullar a pie dentro de reducidas cajas de acero en las que, durante un tiroteo, apenas podía hacerse otra cosa que gritar al artillero de la torreta y rezar. Los camio-

nes reducían la guerra a una suerte de sombrío juego de dados en el que era imposible aprender o mejorar; todo se reducía a confiar en que la buena suerte te durase hasta el momento de volver a casa.

El combate era un juego en el que los hombres de la segunda sección debían descollar por petición de Estados Unidos; y cuando adquirieron esa pericia, Estados Unidos los envió a una cumbre en la que, durante todo año, se hallaron sin mujeres, comida caliente, agua corriente, comunicación con el mundo exterior ni clase alguna de entretenimiento. No es que los hombres se quejaran, pero aun así, tal clase de situación tiene consecuencias. La sociedad puede dar a sus jóvenes casi cualquier trabajo y ellos ya se despabilarán para hallar el modo de cumplir. Sufrirán por ello y morirán por ello y verán a sus amigos morir por ellos, pero al final, lo conseguirán, sin duda. Esto significa solo que la sociedad debe tener cuidado con qué pide. En un sentido muy crudo, la tarea de los jóvenes es realizar el trabajo que sus padres ya no pueden acometer por su edad; y la actual generación de padres estadounidenses ha decidido que es necesario someter al control militar cierto valle de diez kilómetros de longitud, sito en la provincia afgana de Kunar. Casi cincuenta soldados estadounidenses han muerto mientras llevaban a cabo estas órdenes. No pretendo decir que sea mucho ni poco, pero es un coste que sin duda se debe reconocer. Los propios soldados son reticentes a evaluar los costes de la guerra (por alguna razón, cuanto más próximo te hallas al combate, más reacio eres a ponerlo en duda), pero alguien debe hacerlo. Esta evaluación, continua y no adulterada por los políticos, quizá sea la única cosa que un país debe de forma irremediable a los soldados que defienden sus fronteras.

La guerra supone asimismo otros costes, más vagos, que no se prestan a la matemática convencional. Ha muerto un soldado estadounidense por cada cien metros de avance en el valle, pero ¿qué decir de los supervivientes? Ese territorio ¿compensa el coste psicológico de aprender a vitorear la muerte de alguien? Es una pregunta de respuesta imposible, pero que se debería continuar formulando. En última instancia, el problema es que son jóvenes normales con necesi-

dades emocionales normales que deben satisfacer con los recursos muy limitados de esa montaña. Los jóvenes necesitan mentores que, por lo general, pertenecen a la generación anterior. Esto no es posible en Restrepo, donde un jefe de equipo, a sus veintidós años, se convierte de hecho en la figura paternal de un soldado de diecinueve. Allí arriba, a un hombre de veintisiete años se lo considera viejo; a un soldado afgano afeminado se lo ve como una mujer; a los nuevos soldados se los denomina *cherries* y se los concibe prácticamente como niños. Los hombres establecen amistades que no son en absoluto sexuales pero contienen buena parte de la devoción y la intensidad de una relación romántica. Casi todas las relaciones que se desarrollan en la sociedad abierta existen de algún modo comprimido en Restrepo y casi todas las necesidades humanas del país de origen se satisfacen de algún modo truncado e improvisado. Los hombres aciertan a construir lo que necesitan a partir de lo que tienen. Son expertos en arreglárselas con lo que hay.

En cuanto a la sensación de tener un objetivo, el combate lo es: es el único juego de la ciudad. En Restrepo no hay casi ninguna de las cosas que allá en el país natal hacen que la vida merezca la pena, porque todo el espectro de la autoestima de un joven debe encontrarse dentro de la áspera coreografía de un intercambio de artillería. Los hombres hablan sobre esto y sueñan con esto y lo ensayan y después lo analizan, pero nunca sondan las profundidades hasta el punto de perder el interés. Es la prueba última y hay hombres preocupados por la idea de que en adelante ya nunca les satisfará una «vida normal» —sea lo que sea— tras la magnitud de los combates en los que han intervenido. Les preocupa la posibilidad de quedar incapacitados para cualquier otra cosa.

«Me gustan los tiroteos —admitió O'Byrne en cierta ocasión, cuando habíamos estado hablando sobre ir a casa y lo mucho que se aburriría allí—. Lo sé —añadió, probablemente porque se había dado cuenta de cómo sonaba—, es lo más triste del mundo.»

AMAR

En ciertos aspectos, el incidente pasó una factura mayor a O'Byrne que al propio Steiner. O'Byrne pensaba que podría proteger a sus hombres, pero al hallarse detrás de aquella pared de roca en Aliabad comprendió que todo aquello escapaba a su control. «Había prometido a mis chicos que ninguno de ellos moriría —dijo—. Que todos podrían volver a casa, que yo moriría antes que ellos. No os preocupéis: volveréis a casa con vuestra novia, con vuestra madre, con vuestro padre. Pero cuando tocaron a Steiner me di cuenta de que no podría impedir que los hirieran y me recuerdo ahí sentado, temblando. Esto es lo peor de todo: estar al cargo de vidas ajenas. ¿Y si las pierdes? Era incapaz de imaginarlo. No podía imaginar ese día.»

Ni siquiera era la temporada de combates, pero los hombres de Restrepo estaban librándose por los pelos una y otra vez. Olson estaba de guardia con la 240 cuando una bala quebró una rama por encima de su cabeza y la siguiente impactó en el suelo tras pasar al lado mismo de su mejilla. Pensaba que se trataba del rifle de francotirador que el enemigo le había quitado a Rougle en la Avalancha de Rocas. Una bala astilló la madera junto a la cabeza de Jones, en la posición de SAW encarada al sur. O'Byrne se inclinaba para ayudar a un soldado afgano cuyo estómago acababa de atravesar la bala de un francotirador —lo que le causó la muerte— cuando una segunda bala no impactó en él por unas pocas pulgadas. Buno estaba ejercitándose en la barra de gimnasia cuando la bala de una Dishka atravesó el barracón en el que se hallaba. Y la historia continuó así, una y otra vez, con vidas medidas por pulgadas y segundos, y muertes evitadas por puro accidente. Hubo secciones con un 10 por 100 de bajas cuya estadística podría haber sido igualmente del 50 por 100; y solo por cuestión de suerte, por obra de Dios. Nada se podía hacer al respecto, salvo ir pasando con las oraciones y una buena coordinación hasta que los helicópteros volvieran para llevarlos a todos a casa.

Los hombres se habían pasado casi un año fuera, hablando por radio, y se encontraban diciendo «démonos un descanso» y «se acabó» a sus novias y esposas cuando charlaban desde los teléfonos del PAK. Las relaciones se desgastaban hasta romperse; así que se quitaba el

polvo a las técnicas de ligue y se evaluaban para uso futuro. Los hombres nunca admitían que estaban en el ejército cuando conocían a una mujer; resultaba mucho mejor contar que eran «instructores de delfines» o «escritores de literatura infantil». Uno de los soldados tuvo especial éxito por afirmar que era hijo de Alec Baldwin. Cuando la ruta de Cantu bajaba hasta pasar por el PAK, los hombres le pedían tatuajes cada vez más extravagantes. Alrededor de los torsos masculinos comenzaron a enrollarse dragones vengativos y de sus bíceps nacían bombas y dragones. «Vivo para morir, me muero por vivir», «Soldado de Dios» o «Soldado de fortuna» eran algunos de los lemas. Un nuevo soldado apodado «Spanky» se excedió un tanto al tatuarse en el brazo izquierdo un rostro que era medio angélico, medio demoníaco. Cuando el sargento Mac lo vio, le preguntó qué coño significaba eso.

«Representa a los ángeles y demonios con los que tengo que verme cada mañana, sargento», dijo Spanky.

Cuando las risas se apagaron, Mac le aconsejó que fuera contando que una noche había bebido tanto que ni recordaba cómo ni dónde se lo habían hecho. «Ahora repite la historia un montón de veces, hasta que suene creíble», dijo Mac.

Las lluvias llegan a finales de marzo y al cabo de poco el Pech se vuelve tan caudaloso y violento que los combatientes enemigos no pueden cruzarlo a pie. Solo la aviación de combate puede levantar el vuelo desde la base aérea de Bagram y la logística se retrasa días y luego semanas. Atravieso Bagram a principios de abril y paso unos cuantos días esperando a que las nubes se levanten lo suficiente para permitir la vista de las montañas. Sin montañas no hay vuelo, pero aun así, yo solía demorarme en el helipuerto, por si acaso. No importa cuántas veces lo hayas oído: cuando los [F-]15 y 16 despegan, siempre vuelves la cabeza hacia la pista, porque el sonido es tan atrozador y negativo que solo parecería explicarse a cuenta de alguna clase de apocalipsis. Luego la forma deltoide se levanta, se adentra en el cielo afgano a una velocidad obscena y el frío azul de sus postcombustores corta el crepúsculo como la llama de un soldador.

Un día conozco a un hombre vestido de civil que nunca se aleja un paso o dos de una larga maleta negra. Estamos en un edificio de contrachapado, lleno de soldados que contemplan con expresión de

aburrimiento un partido de baloncesto universitario femenino, y, cuando le pregunto qué labor desempeña, se limita a señalar la maleta con un movimiento de la cabeza y dice: «Identificamos a tipos de la mafia y los vamos sacando del campo de batalla, uno por uno». Un día después, en Jalalabad, pillo un Black Hawk con rumbo a Campamento Bendición que acaba de descargar a un soldado afgano espasado y a otro en una bolsa de cadáveres. Los 155 milímetros de Bendición disparan sin descanso en apoyo de un tiroteo que se extiende por todo el valle de Korengal —todas las posiciones tienen que intervenir, con los morteros dispuestos sobre Restrepo y el PAK— y bajo andando hacia las baterías, para observar. Los grandes y oscuros cañones apuntan al aire y los frenos de boca despiden humo hacia los lados cada vez que disparan. Baten el Korengal durante una hora y luego guardan silencio, se diría que no sin cierta reticencia. Yo remonto de nuevo la colina para estirarme en mi litera y esperar a que el mal tiempo escampe. Las bases de la retaguardia son un limbo: una pernicioso mezcla de aburrimiento y temor que solo se despeja cuando uno puede ir más adelante, donde la situación es aún peor.

Prophet ha estado recogiendo mucho parloteo sobre el movimiento de armas y munición dentro del valle y el enemigo menciona una y otra vez «la cosa» y «la superametralladora». Los hombres suponen que es una Dishka. Kearney proyecta aerotransportar a la tercera sección hasta la cadena montañosa de Sawtalo Sar con la meta de encontrarla, y la tarea de la segunda sección será dirigir Phoenix y alguna otra de las posiciones de la Tercera mientras esta se encuentre en la montaña. Lo planea para finales de abril, lo que da a Restrepo un par de semanas para dirigir sus propias patrullas antes de quedar absorbidos por la mecánica más amplia de una operación general de la compañía. Los aldeanos de Loy Kalay se han estado quejando de que hay guerreros talibanes que entran en la aldea cuando es de noche y los acosan, y Patterson desarrolla un plan para organizar una emboscada fuera de Karingal y sorprenderlos a la vuelta. Esto supondrá caminar valle abajo de noche, esconderse fuera de la aldea y no mover ni un músculo hasta que vuelva a oscurecer. El sitio elegido

para la emboscada será una pared de rocas de baja altura que cruza un valle menor fuera de Karingal. Las apuestas son elevadas: si detectan nuestra presencia, los guerreros del pueblo pueden retenernos detrás de la pared mientras sus hermanos de Darbart bajan contra nosotros a través de los encinares de 1705.

La misión se programa para salir poco antes de la medianoche y, una vez concluida la cena, comienzo a preparar mi equipo: una CamelBak repleta de agua, una ración de campaña, un poncho para la lluvia, una chaqueta de abrigo y un puñado de café instantáneo que verter al agua para poder atender a la llamada de aviso. Anderson se acerca y me observa durante un tiempo, primero sin decir nada, hasta que finalmente me pregunta si quiero tomar prestado un viejo uniforme suyo. Le pregunto por qué.

«Sería mucho mejor si no nos vieran», dice.

Cuando los soldados quitan importancia a un problema, por lo general conviene prestarle especial atención, pero yo rechazo la propuesta porque vestir ropajes militares me parece una erosión flagrante de la independencia periodística. En cualquier caso, además, me parece dudoso que yo resulte más visible que los soldados —visto colores apagados que hace mucho que adquirieron el gris de Korengal—, pero mientras continúo con mis pertrechos, me doy cuenta de que lo principal no es eso. Si llegamos a una situación comprometida, seré el único vestido con ropa de civil y, ¿qué ocurrirá si alguien resulta herido? ¿Si alguien muere? Como todos los demás periodistas, me alimento de la comida del ejército, vuelo en los helicópteros del ejército, duermo en los barracones del ejército y, si estuviera a solas en el Korengal, probablemente moriría en el plazo de un solo día. Sean los que fueren los límites que se puedan haber difuminado entre el ejército y yo, esta difuminación no comenzó en una camisa.

Termino de empaquetar y me dirijo a la litera de Anderson, para decirle que, al final, aceptaré el uniforme. Me lo arroja sin siquiera mirarme.

El heroísmo es una materia difícil de estudiar en los soldados, porque estos siempre afirman, invariablemente, que solo han actuado como

habría hecho cualquier buen soldado en su lugar. Entre otras cosas, el heroísmo supone una negación del yo —uno está dispuesto a perder la propia vida por mor de las ajenas—, de modo que, en este sentido, hablar sobre la valentía que uno ha demostrado puede resultar psicológicamente contradictorio. (Es como decirle a una madre que ha sido «valiente» por saltar entre los coches para salvar a su hijo.) Los civiles entienden que los soldados tienen una especie de nivel básico del deber y que, por encima de eso, todo es «bravura». Los soldados lo ven justo al revés: o cumples con tu deber o eres un cobarde. No hay otro sitio al que ir. En 1908, cinco bomberos murieron durante un incendio en la ciudad de Nueva York. En las palabras pronunciadas en el funeral, el jefe Ed Crooker quiso decir lo siguiente sobre su valentía: «Los bomberos mueren. Cuando se incorporan al departamento, se enfrentan a ese hecho. Cuando un hombre se convierte en bombero ya ha cumplido, solo con eso, su mayor acto de valentía. Todo lo que hace *a posteriori* es cumplir con su trabajo».

No es necesario ser soldado para experimentar el extraño consuelo de esta manera de entender las cosas. El coraje parece ser algo sobrecogedor, difícil de lograr, pero el «trabajo» es algo mundano y eminentemente loable, un proceso colectivo en el que todo el mundo corre algún riesgo. Mi trabajo era el periodismo, y no la guerra, pero se le aplicaban los mismos principios. Siempre estaba controlando mi nivel de miedo porque no quería quedarme helado en el momento equivocado y crear un problema, pero nunca me ocurrió y, una vez terminados un par de viajes, sentí que el miedo sencillamente se me iba, o algo similar. No es que tuviera menos miedo de morir; era que morir tenía algo más de sentido en el contexto de una empresa de grupo de la que poco a poco empezaba a formar parte. Como norma general, sentía mucho más miedo en la litera, de noche, cuando gozaba del lujo de preocuparme por mi propia suerte, que no en alguna colina del exterior, cuando me inquietaba por la suerte de todos nosotros.

Como yo no llevaba ningún arma de fuego, siempre quedaba relegado a posiciones exteriores a la sección, pero esto no suponía que no me afectara su fuerza gravitacional. El grupo poseía una lógica y un poder que anulaban las inquietudes personales de cada uno, inclu-

so las mías, y en algún punto de esa pérdida de *yo* podía hallarse alivio a la terrible preocupación sobre lo que te podría suceder. Y era sin duda obvio que si las cosas se complicaban lo bastante —y no había razón para pensar que no fuera a ocurrir así—, la distinción entre periodista y militar se tornaría irrelevante. Una escena en la que yo me hallara taponando una herida con Kerlix o ayudando a trasladar a alguien a un lugar seguro era perfectamente plausible, y eso me obligaba a pensar de maneras reservadas habitualmente a los soldados. Cuando atacaron a la Elegida en Aranas, se produjo un índice de bajas del 100 por 100 en cuestión de minutos, pero el tiroteo duró aún tres horas más. La idea de que, en una situación similar, yo pudiera no ayudar —o combatir— resultaba absurda.

Ya en mi primer viaje comenzaron a ofrecermelas a lo largo del año. A veces era una granada de mano, «por si acaso». En otra ocasión era una propuesta de saltar sobre la 240 durante el siguiente contacto. («Ya te diremos dónde debes disparar.») Cierta vez le dije a Moreno que, de no estar casado, me habría pasado allí los quince meses completos, y él rio y dijo que, de ser así, entonces me harían portar un arma, quisiera o no. La idea de pasar largos periodos de tiempo en el Korengal sin disparar nada tenía tan poco sentido para los soldados como, digamos, ir a un prostíbulo de Vicenza para quedarse de manos cruzadas en el recibidor. Las armas eran *cruciales*, eran la única cosa plenamente positiva de todo aquel año de mierda; y el hecho de que los periodistas no las llevaran, disparasen o aceptaran las ofertas (muy generosas) de «ve y cógete alguna» de las 0,50 hacía que los soldados sacudieran la cabeza, inevitablemente. Era difícil explicarles que quizá podías pasarle a alguien una caja de municiones durante un tiroteo o disparar cien balas de una automática SAW en el campo de tiro, pero lo que *en ningún caso* podías hacer, como periodista, era llevar armas. Esto te convierte en combatiente, antes que en observador, y en adelante te priva de comentar sobre la guerra con la mínima objetividad.

Con el verano llegan dos dificultades paralelas: el calor y el aburrimiento. Una cosecha de trigo escasa provoca una carestía temporal

en el valle, lo que supone que el enemigo carece de excedentes en metálico con los que adquirir munición. La frecuencia de los ataques se reduce a uno por semana o cada dos semanas; no es suficiente para compensar que aquel lugar sea, en general, una puta mierda. Los hombres duermen todo lo que pueden, se despiertan tarde y salen de sus barracones infestados de moscas arrastrando los pies, rascándose y tirándose pedos. A media mañana ya nos acercamos a los cuarenta grados y el calor exhibe una especie de lentitud zumbadora que por sí sola parece capaz de plagar Restrepo. Aquí arriba es como un antiparaíso milagroso: hay calor, polvo, tarántulas y moscas, no hay mujeres ni agua corriente ni alimentos cocinados ni nada que hacer que no sea matar y esperar. Hace tanto calor que los hombres vagan en ropa interior y sandalias de playa, sin afeitarse, perdido todo el atractivo. *Airborne* jadea en la sombra, alguien está quemando la mierda por ahí detrás, una brisa débil hace que la red de camuflaje se vaya inflando y cayendo como un gigantesco pulmón.

A O'Byrne también le preocupa estar solo. En dos años nunca se ha separado de sus compañeros de sección más allá del alcance del oído, y no tiene ni idea de cómo reaccionará a la soledad. Nunca ha tenido que buscar trabajo, alquilar un apartamento o pedir cita en el médico porque el ejército siempre le ha resuelto todas esas cuestiones. Todo lo que ha tenido que hacer es luchar. Y es bueno en ese campo, así que dirigir una patrulla en la subida al 1705 le causa menos angustia que, digamos, mudarse a Boston y buscar un apartamento y un trabajo. Tiene poca capacidad para lo que en el mundo civil se ha dado en llamar *life skills* o «aptitudes para la vida»; para O'Byrne, las «aptitudes para la vida» suponen solamente, y en su sentido literal, mantenerse vivo, responder a necesidades mucho más simples y a la vez exigentes que las que encuentran los civiles en la vida cotidiana. «En el Korengal, casi todos los problemas pueden resolverse recurriendo a la violencia con más celeridad que el tipo al que te enfrentas —me dijo O'Byrne—. Pero hazlo en casa y ya verás cómo no funciona igual de bien.»

Es una forma de vivir estresante, pero una vez que ha hecho sal-

tar tus niveles, casi todo lo demás te hastía. O'Byrne se conoce a sí mismo: cuando se aburre comienza a beber y a buscar camorra y, entonces, tarde o temprano, regresa al sistema. En tales circunstancias, quizá sea preferible *permanecer* en el sistema —un sistema mejor— y, en realidad, ascender. Le apunto unos pocos trabajos civiles que ofrecen algo de adrenalina —guía de excursiones intrépidas, bombero—, pero los dos sabemos que no es lo mismo. Estamos en uno de los puestos de avanzada más expuestos de todo el ejército de Estados Unidos y está que se muere de los nervios porque hace ya una semana que no se vive un buen tiroteo. ¿Cómo se puede devolver al mundo a un tipo así?

Los civiles rehúsan reconocer que uno de los aspectos más traumáticos del combate es tener que dejarlo. La guerra es tan obviamente errónea y perversa que la idea de que pudiera contener algo bueno se percibe casi como una blasfemia. Y, sin embargo, a lo largo de la historia, hombres como Mac o Rice u O'Byrne han regresado a casa y han vivido con angustia la lejanía de lo que debería haber sido la peor experiencia de sus vidas. A un veterano de combate, el mundo civil le puede parecer frívolo y aburrido, sin apenas nada en juego y con todo el poder controlado por las personas indebidas. Estos hombres vuelven a casa y pronto se ven aconsejados por un comandante de la retaguardia que jamás se ha visto en combate, o discuten con sus novias por alguna cuestión doméstica que ni siquiera comprenden. Cuando los hombres afirman que echan de menos el combate no es que echen en falta que les disparen —solo un perturbado lo haría—, sino que lamentan no estar en un mundo en el que todo es importante y nada se da por sentado. Echan de menos estar en un mundo en el que las relaciones humanas se rigen exclusivamente por el hecho de si puedes confiar tu vida a la persona que tienes al lado.

Es una regla tan pura y limpia que, en la guerra, los hombres pueden transformarse y rehacerse a sí mismos por completo. Da igual cómo pueda ser uno en su casa —tímido, feo, rico, pobre, impopular—, es algo que no importa, porque no tiene importancia en un tiroteo; no tiene importancia, punto. Lo único que importa es tu nivel de dedicación al resto del grupo, algo que resulta casi imposible falsar. Por eso los hombres dicen cosas tan increíblemente vulgares

sobre las hermanas y madres ajenas. Es una manera más de demostrar que nada puede quebrar el lazo entre ellos; una manera más de demostrar que no están solos ahí fuera.

«Guerra» es una palabra grande y desparramada que introduce mucho padecimiento humano en la conversación, pero el «combate» es una cuestión distinta. El combate es el juego menor del que los jóvenes se enamoran; y toda solución al problema humano de la guerra deberá tomar en consideración la psicología de esos jóvenes. Por alguna razón, existe una gratificación profunda y misteriosa en el acuerdo recíproco de proteger a otra persona con tu propia vida, y la batalla es prácticamente la única situación en la que esto ocurre de un modo regular. En estas laderas de esquistos sueltos y encinares, los hombres se sienten no los más *vivos* —eso se consigue con el paracaidismo acrobático, por ejemplo—, pero sí los más utilizados. Los más necesarios. Los más claros y seguros. Con todo el sentido. Si los jóvenes pudieran conseguir ese sentimiento en su hogar, nadie querría volver a la guerra, pero no pueden. Por eso el sargento Brendan O’Byrne está aquí sentado contemplando seriamente la posibilidad de alistarse de nuevo.

«Solo recé en una ocasión, en Afganistán —me escribió O’Byrne cuando todo había terminado—. Fue cuando atacaron a Restrepo, y recé para que lo dejaran vivir. Pero Dios, Alá, Jehová, Zeus o todo aquello a lo que una persona puede llamar ‘Dios’ no estaba en ese valle. El combate es el juego del diablo. Dios no quería participar. Por eso nuestras plegarias no tuvieron respuesta: el único que nos estaba escuchando era Satanás.»

La niebla del combate oscurece tu destino —oscurece cuándo y dónde podrías morir— y de ese desconocimiento surge un lazo desesperado entre los hombres. Tal vínculo es la experiencia nuclear del combate y la única cosa con la que se puede contar de una manera absoluta. El ejército quizá te joda, tu novia quizá te deje y el enemigo quizá te mate, pero el compromiso compartido de proteger las vidas ajenas es innegociable y, con el tiempo, no hace sino ahondarse aún más. La disposición a morir por otra persona es una forma de amor

que ni siquiera las religiones son capaces de inspirar, y el hecho de vivir esa experiencia transforma profundamente a una persona. Lo que los sociólogos del ejército, con sus preguntas, anotaciones y metaanálisis interminables, han terminado por comprender —aunque lentamente— es que el valor *es* amor. En la guerra, ninguno podría existir sin el otro, en el sentido de que son formas distintas de decir lo mismo. De acuerdo con lo observado en los cuestionarios, el motivo principal de combatir (aparte de «acabar el trabajo», lo que suponía que todos podían regresar a casa) era la «solidaridad con el grupo». Era un factor de motivación mucho más notable que el idealismo o la propia preservación. La Agencia de Investigación del Ejército cita casos de heridos que se ausentaron sin permiso tras su hospitalización para regresar junto con su unidad antes de lo que los habrían trasladado las fuerzas armadas. Un civil podría considerar que esto es un acto de valor, pero los soldados lo tenían más claro: para ellos, era tan solo un acto de hermandad y, probablemente, tampoco merecía más palabras que un simple «bienvenido de nuevo».

La lealtad al grupo impulsaba a los hombres a volver al combate —y, en ocasiones, a encontrar la muerte—, pero el grupo también proporcionaba el único refugio psicológico para el horror de lo que estaba ocurriendo. Cabe pensar que resultaba más tranquilizador hallarse bajo el fuego en compañía de hombres en los que uno confiaba que languidecer en alguna base de retaguardia junto con extraños que no entendían la guerra en absoluto. Es como si la inclusión en el grupo poseyera un efecto intoxicador que compensara de sobra los peligros a los que el grupo debía enfrentarse. Un estudio realizado a mediados de los años cincuenta halló que saltar de un avión generaba una inquietud extrema en los grupos de paracaidistas con un lazo *poco firme*, pero los hombres cuyos lazos eran intensos se preocupaban mucho más por cumplir con las exigencias impuestas al grupo. También les resultaba más factible resistir un dolor más intenso —en este caso, *electroshocks*— cuando formaban parte de un grupo compacto que cuando lo vivían en solitario.



